

# Políticos y periodistas

(Entre la desconfianza y la cooperación)<sup>1</sup>

ALEJANDRO MUÑOZ ALONSO\*

## **LA SIMBIOSIS POLITICOS- PERIODISTAS**

UNA de las claves de la comunicación política radica en las relaciones entre políticos y periodistas. Todo lo que se ha dicho acerca del intercambio y la cooperación entre el poder político y los *mass media*, pero también sobre tensión y conflictos, se aplica plenamente a las relaciones personales entre políticos y periodistas que es en quienes se encarnan, en definitiva, las relaciones entre el gobierno y los medios.

Vamos, en este artículo, a hacer algunas consideraciones sobre las relaciones entre los políticos y los informadores en los primeros años de la democracia en nuestro país.

Entre políticos y periodistas se ha producido en nuestro país una estrecha simbiosis. Se trata de un dato muy frecuente en todas las democracias occidentales. L. John Martin ha señalado refiriéndose a los Estados Unidos que «la prensa está influida por el conocimiento de que su más significativa audiencia es la burocracia federal» y alude al hecho de que *The Washington Post* «es leído por el 95 por ciento de todos los altos cargos y virtualmente por todos los miembros del Congreso». En un reciente viaje a Estados Unidos un periodista de *The Chicago Tribune* me comentaba que los políticos de Washington pasaban media mañana analizando *The New York Times* y la otra media estudiando la manera de contestar o contrarrestar sus críticas.

También en España los políticos son o parecen ser los principales destinatarios de los medios informativos más prestigiosos y aquellos, en sus intervenciones públicas, parecen pensar sólo en los periodistas que van a hacer la información. Los periodistas escriben para los políticos y éstos hablan para los periodistas y unos y otros parecen darse por satisfechos si esos objetivos son alcanzados.

Se ha creado así un lenguaje esotérico al alcance sólo de los iniciados, en el que aparecen claves que sólo entienden unos pocos. Y esto no por razones de censura —'como, cuando en la época franquista, era preciso «escribir entre líneas» o «tirar por elevación»— sino por las exigencias de un juego a dos bandas entre políticos y periodistas en el que unos parecen haberse olvidado de sus electores y los otros de sus lectores. Periodistas hay que escriben pensando en la reacción que un determinado político tendrá a la mañana siguiente y llegan a concebir sus columnas como mensajes con destinatario único.

\* Salamanca, 1934. Catedrático de Opinión Pública de la Complutense. Doctor en Derecho y comentarista político.

<sup>1</sup> Este artículo es parte de un trabajo más amplio sobre las relaciones entre el poder político y los medios de comunicación de masas en el marco de la comunicación política.

Ha aparecido así el *periodismo de negritas*: ciertos columnistas esmaltan sus artículos de nombres de políticos que —siguiendo el uso inaugurado por el desaparecido Alfonso Sánchez en su famosa columna de vida social— se imprimen en negrita para que destaquen más y «salten a la vista». Se ha llegado así a considerar que aparecer citado favorablemente en las columnas de los periodistas más prestigiosos es un índice de popularidad, de «estar en la cresta de la ola». Por el contrario una cita negativa o la ausencia durante un cierto lapso de tiempo de esas columnas ha venido a considerarse una forma de ostracismo. Un periodista capaz de meter en su columna un buen manojo de nombres propios, con o sin ocasión, rápidamente gana puestos en el *ranking* profesional y puede aspirar a sustanciosos sueldos e incluso a elegir medio.

Avispados y poco escrupulosos exploradores de esta situación han intentado, y no pocas veces logrado, aprovechar la ingenuidad de algunos aspirantes a líderes, cobrando al tanto cada cita de político con deseos de «ser lanzado» y montando en torno a estos procedimientos, «campañas de imagen» de dudosa eficacia y, en todo caso, de nulo alcance fuera de la élite político-periodística.

Hemos podido comprobar cómo aquel periodismo del último franquismo y de la transición que, convertido en «parlamento de papel» jugó un papel tan decisivo para consolidar la democracia, ha sido sustituido por un periodismo chismoso a caballo del amarillismo y de la prensa del corazón. Mientras tanto el periodismo de ideas, capaz de suscitar la reflexión sobre la vida pública, apenas sí subsiste arrollado por un periodismo político-festivo que ha elevado a la categoría de protagonistas a una serie de personajillos sin entidad ni calidad.

Se ha llegado además a que ciertos periodistas se han arrogado funciones que no les corresponden en el juego democrático, ya que desbordan las funciones propias de los medios informativos para invadir las que incumben a algunos de los poderes del Estado.

Las relaciones entre políticos y periodistas se han pasado en ocasiones de cordialidad para llegar a un exceso de familiaridad que, para muchos lectores, daña tanto a unos como a otros. El «compadreo» entre políticos y periodistas da al público la imagen de que la vida política es un ámbito de amigüeles en el que, al final, los intereses de unos y otros coinciden. Se llega así a la conclusión de que todo queda entre «ellos» sin que nadie se ocupe propiamente de «nosotros»...

Resulta difícil exagerar lo perjudicial que ha sido para la consolidación de la democracia en España, dejar reducida, en buena parte, la vida política a un circuito privilegiado políticos-periodistas muy alejado de los problemas y de las aspiraciones del pueblo en general.

Una manifestación muy señalada de este elitismo es el auge que tuvo en nuestro país, especialmente en la transición, el llamado *periodismo confidencial*, que ha sido objeto de un interesante estudio por Marisa Ciriza(1). El principio básico del periodismo democrático y del régimen de opinión que es la publicidad, desaparece aquí sometido, otra vez, a las exigencias del elitismo.

**PERIODISMO  
CHISMOSO.  
A CABALLO DEL  
AMARILLISMO  
Y DE LA PRENSA  
DEL CORAZÓN**

(1) Marisa Ciriza, *Periodismo Confidencial*, Ed. ATE. Barcelona, 1982.

## UNA POLITIZACIÓN EXCESIVA

(2) Michael Bamch Grossman y Francis E. Rourke, «The Media and the Presidency: An Exchange Malycis», en *Política! Science Quarterly*. Otoño, 1976, Vol.91, n.º 3, págs. 460-61.

Las dos expresiones del periodismo confidencial son los grupos de periodistas que tienen acceso privilegiado a ciertas informaciones que a otros colegas no se les permite, y los boletines de difusión restringida que, a precios elevados, se distribuyen entre una minoría de suscriptores de «las élites del poder».

En uno y otro caso nos hallamos ante auténticos obstáculos a una verdadera democratización de la información que no se distribuye equitativamente sino en función de otros parámetros.

Es perfectamente legítimo, claro está, que un periodista intente obtener una exclusiva pero, como señalan Grossman y Rourke, así se incrementan las ventajas de los políticos en el poder para excluir del proceso de intercambio con los periodistas las cuestiones que no desean ver tratadas por los medios. Se llega así a una auténtica «cooptación» de los informadores que son elegidos por los políticos en función de sus intereses.

Los autores citados creen que «es inconsistente con su fuerte compromiso profesional a favor del "derecho del pueblo a saber"... el que algunos informadores puedan llegar a una acomodación en el sistema de secreto si se protegen las ventajas monopolísticas de que disfrutan sobre sus competidores de los medios informativos». Grossman y Rourke se refieren al dilema de los periodistas entre exigir un trato igual para todos y obtener ventajas sobre los competidores. «Los esfuerzos —escriben— para evitar que los Presidentes (de los Estados Unidos) exploten este dilema han tenido raramente éxito porque los informadores no han desarrollado medios de cooperación que les hagan capaces de afrontar más efectivamente las estrategias empleadas contra ellos» (2).

Estas reflexiones, referidas a las relaciones de los Presidentes de los Estados Unidos con los medios, podrían perfectamente aplicarse a las relaciones entre políticos y periodistas españoles.

El papel jugado por la Prensa en la transición a la democracia, papel que ha sido reconocido y elogiado hasta el exceso con unanimidad, ha dado a los periodistas una arrogancia, una convicción de ser muy importantes que algunos han denominado *síndrome de Tom Wolff*. Como expresión de esta situación alguna vez hemos dicho que mientras en cualquier país democrático el periodista corre detrás del político, aquí es éste el que corre detrás de aquél. Tal situación daña seriamente las relaciones poder-prensa en nuestro país.

Como final de este apartado habría que señalar que sería de una gran utilidad hacer un replanteamiento general de las relaciones entre políticos y periodistas en España, intentando establecer las reglas del juego de una relación a la vez cooperativa y conflictiva.

La simbiosis políticos-periodistas a que nos hemos referido ha estado en el origen de un exceso de politización de nuestra prensa en los años inmediatos al franquismo. Páginas y páginas de los periódicos y las revistas se han dedicado a temas políticos, incluidas esas subformas de la comunicación política relativas a las idas, venidas, encuentros y cotidianidades de los personajes de escaso o nulo interés para el lector medio.

Toda esta «chismografía política» ha sido un elemento de can-

sancio de los lectores que hizo caer las cifras de difusión de los diarios y revistas después del «boom» de 1975-77 y que en muchas ocasiones motivó la desaparición de títulos, viejos o surgidos al socaire de lo que parecía etapa de gran desarrollo para la información política en nuestro país. Que todavía estemos en un índice de 80 ejemplares escasos de diarios por 1.000 habitantes, es decir, en plena situación de subdesarrollo informativo según el baremo de la UNESCO, es una alarmante señal que refleja la incapacidad de ampliar el mercado y dar a los lectores productos atractivos.

Durante mucho tiempo los periodistas dieron a la información política una primacía demasiado absoluta y descuidaron otros aspectos de la información que el lector consideraba más importantes. Se ha originado así, una vez más, el contraste entre la superinformación sobre temas que no interesan y la subinformación sobre temas de mayor preocupación. Nadie ha explicado suficientemente esos *temas propios* que atañen directamente al ciudadano mientras, por el contrario, se le atiborra de *temas extraños* que nada le interesan.

Durante la transición y hasta el golpe de Estado de 1981 existió una sistemática campaña contra la prensa realizada desde los sectores involucionistas. A la prensa se le culpaba de ser la causante de las situaciones que denunciaba cumpliendo su deber y ejerciendo el papel que le corresponde en una sociedad democrática. Una vez más el mensajero pagaba por las noticias insatisfactorias que transmitía.

Con indudables defectos, la prensa, que preparó las condiciones para la reforma democrática, cumplió después su papel de vigilante de las libertades. Los medios informativos, la radio en primera línea, cumplieron un decisivo papel para hacer fracasar el golpe del 23 de febrero. No es por eso extraño que la trama del golpismo considerase a la prensa —calificada por ellos como «prensa canallesca»— como un objetivo a abatir.

Campañas de este tipo no han sido exclusivas de nuestro país. Spiro Agnew, el que fuera Vicepresidente con Richard Nixon, se hizo paladín de una cruzada contra la prensa que, como dice John M. Harrison, «intentaba, con propósitos partidistas, implantar en la mente pública desconfianza y sospecha respecto de los medios» (3). Podría perfectamente compararse la teoría de Nixon de la «mayoría silenciosa» con la idea, expuesta más arriba, lanzada por Santiago Várela. En descargo de Nixon debe subrayarse que éste nunca intentó crear comités de dirección de los periódicos...

Pero no sólo desde sectores antidemocráticos se ha mostrado el temor a una prensa independiente. Políticos de todos los colores que han aplaudido a ciertos medios o a ciertos periodistas cuando lo que escribían les era favorable, no han ocultado su contrariedad cuando esos mismos medios o profesionales han expresado juicios que no les convenían. Al final todos los políticos quieren unos medios dóciles y confunden las buenas relaciones con la apología sistemática. Las presiones desde el poder no han cesado y, como ya hemos dicho, se han incrementado desde la llegada al poder de los socialistas. Con frecuencia se ha manejado el espantajo de la de-

## LA PRENSA COMO CHIVO EXPIATORIO

(3) John M. Harrison, «Media, Men and Morality» en *Review of Politics*. Vol. 36, n.º 2, abril 1974, pág. 254.

**LOS LIMITES A LA  
FUNCIÓN  
POLÍTICA  
DE LA PRENSA**

**UNA SERIA  
ACUSACIÓN**

(4) *Ob. cu.*, pág. 459.

(5) John M. Harrison, *ob. cit.*, pág. 250.

sestabilización. Informar de algunos temas se ha considerado de-  
sestabilizador y se ha pretendido hacer pasar como el colmo de la  
defensa de la democracia el silencio cómplice o la intoxicación  
descarada. Hace bien poco se ha vuelto a tildar de desestabilizado-  
ras las informaciones sobre un hipotético partidismo en la selección  
de los miembros de la Ertzaintza vasca. Claro está que tales actitu-  
des suelen ser bastante habituales en todas partes. Los citados  
Grossman y Rourke, escriben refiriéndose a los Estados Unidos:  
«El repertorio de trampas —sucias y limpias— que los Presidentes  
pueden usar para manipular los procesos de intercambio con los  
medios incluye hasta veladas amenazas a los informadores». Y re-  
cuerdan que los conocidos columnistas Joseph y Stewart Alsop de-  
clararon haber sido sometidos a algún tipo de acoso durante la ad-  
ministración Eisenhower en 1957 (4). En nuestro país no han fal-  
tado episodios similares.

Estamos padeciendo todavía, en suma, toda una estrategia diri-  
gida a domesticar a la prensa intentando trabarla con ataduras re-  
chazables en una sociedad democrática.

En estas complejas y conflictivas relaciones entre políticos y  
periodistas sería un error considerar que el papel de «bueno» co-  
rresponde siempre a los últimos. También los periodistas incurrir  
a menudo en faltas o excesos que lastran irremediamente el pa-  
pel de los medios en una democracia y contribuyen a esa imagen  
poco favorable de la prensa y de sus hombres que se percibe en  
ciertos sectores de nuestra sociedad. Hay suficientes indicios para  
pensar que el prestigio de que gozaron en nuestro país los periodis-  
tas, en el período final del franquismo y durante la transición de-  
mocrática, ha bajado sensiblemente en los últimos años. Curiosa-  
mente algo parecido ha sucedido en otros países occidentales y, en  
concreto, en los Estados Unidos. Diversas encuestas señalan netamente  
este descenso en la popularidad o en el prestigio social de la  
profesión periodística.

Aunque sería preciso comprobar-la hipótesis, no parece aven-  
turado suponer que la sociedad estima que los periodistas han ido,  
en ocasiones, más allá de lo que se esperaba de ellos, mientras que  
otras veces se han quedado demasiado cortos. «Muchos de noso-  
tros —ha escrito John M. Harrison— nos sentimos decepcionados  
con nuestros medios informativos... Como buenos hijos de la Ilus-  
tración, habíamos esperado demasiado de ellos. Habían de ser los  
medios de informar y educar al público. Es por eso decepcionante,  
—e incluso desilusionante— descubrir con qué frecuencia no sólo  
no realizan aquella función, sino que de hecho nos desinforman» (5).

En efecto, muchas veces, se acusa con razón a los medios de  
lanzar frivolamente informaciones que no se corresponden con la  
realidad y que, en ocasiones, afectan seriamente a la fama y honor  
de las personas o a los legítimos intereses comerciales de las em-  
presas. La aplicación responsable de las reglas del buen periodismo  
evitaría la mayor parte de estos casos pero, no pocas veces, no se  
controlan ni se filtran adecuadamente las informaciones, no se  
contacta a los interesados ni se reflejan los diversos puntos de vista

existentes en torno a un tema. Y la consecuencia es un descenso de credibilidad de la información periodística.

Otras veces el periodismo político suscita recelos porque los informadores se comportan más como militantes al servicio de ciertas ideologías o de, ciertas posturas políticas que como testigos fieles y objetivos de los acontecimientos que presencian. Al desprestigio de la información política contribuye igualmente el conocimiento de que algunos periodistas actúan como agentes a sueldo para dar brillo y lustre a la imagen de ciertos políticos. Este problema, al que ya hemos aludido, hipoteca gravemente la fiabilidad de la información política ya que algunos lectores se preguntan, ante las columnas de ciertos periodistas, si se trata de legítimas opiniones expresadas libremente o de acciones en el marco de determinadas campañas de imagen.

Por otra parte, algunos periodistas han sido acusados de haber sido víctimas demasiado ingenuas de campañas de intoxicación bien montadas. Algunos políticos han sido maestros en el arte de sorprender la buena fe de informadores poco avezados que han aceptado sin sopesarlas informaciones interesadas. Y no hablamos aquí de los clásicos «globos sondas», procedimiento habitual cuya naturaleza exploratoria suele ser conocida, sino de campañas engañosas en el más puro estilo de la propaganda política clásica con efectos plenos de desinformación.

También han sido acusados los periodistas de un exceso de espíritu corporativo. No es infrecuente, en efecto, que cuando un periodista tiene problemas con su empresa o con algún organismo oficial, la práctica totalidad de la profesión adopte unas cerradas actitudes de defensa del colega en cuestión, dispensándose del análisis objetivo del problema. El caso Vinader fue un ejemplo de esta actitud que ante cualquier contencioso se decanta ciegamente a favor del periodista. Lectores ajenos al mundo informativo constatan estas expresiones de «espíritu de cuerpo» con las actitudes más frías que se reflejan en la prensa cuando el implicado, en casos a veces muy similares, pertenece a otra profesión.

Los círculos políticos han acusado en ocasiones a los informadores, en nuestro país, de ruptura de las reglas del juego. Efectivamente, algunos periodistas no han sido muy escrupulosos en el respeto al *off-the-record* que afectaba a ciertas informaciones o, en acto de competencia desleal, no se ha respetado el embargo sobre algunos textos.

La policía estimó, por ejemplo, que la falta de reserva de algún periódico sobre datos relativos al secuestro del Dr. Iglesias por ETA (p-m) a principios de 1982, puso en serio peligro la operación de rescate del secuestrado. Recientemente se han producido otros casos similares. Pero esto nos llevaría al tema de las relaciones de los medios con el terrorismo, que merecen un análisis más minucioso.

Este principio del *off-the-record*, tan acreditado en el mundo anglosajón, está en nuestro país totalmente desacreditado. Ni políticos ni periodistas saben utilizarlo y, como muestra el reciente caso de Pablo Castellano —*El Independiente*, el equívoco en cuanto a su verdadero significado le está privando de su función.

**ESPÍRITU  
CORPORATIVO**

## CRITICA DE LA PRENSA

El propio mundo de los medios está interesado en que se disipen definitivamente las dudas y recelos que muchos ciudadanos tienen en relación con la prensa y demás medios informativos. Muy en primer lugar hay que acabar con la idea de la impunidad de los periodistas. Tiene que quedar muy claro que los *mass media* están también sometidos a la Justicia y que cuando, culpablemente, se producen daños en el ejercicio de la actividad informativa, los tribunales restablecen el derecho de una manera rápida y eficaz.

El ejercicio de la información y de la crítica política, actividad indispensable en una democracia, no es una «patente de corso» sino una función ejercida con plena responsabilidad.

Muy recientemente, y parafraseando la famosa sentencia interrogativa *¿Quid custodit custodes?*, quién vigila a los vigilantes, se ha planteado la cuestión de la crítica de la prensa. Supuesto el carácter crítico de la prensa, especialmente de la política, ¿quién critica a la prensa? James W. Carey ha planteado así el problema: «La prensa es atacada y, a menudo, vilipendiada, pero no está sometida a un permanente análisis crítico, nunca en público y raramente en las universidades o en la misma prensa» (6). Este autor subraya el hecho de que la única institución que, curiosamente, está exenta de análisis y crítica es la misma prensa. Y señala que mientras, por ejemplo, en la edición dominical de *The New York Times* todo es sometido a crítica, «arte, arquitectura, literatura, educación, política, negocios, religión, finanzas, cine...etc.», sólo la prensa queda exenta (7).

Carey piensa que la aparición de secciones sobre «prensa» en periódicos y revistas, la aparición en algunos diarios, desde el *Louisville Courier-Journal* a *El País*, del puesto de ombudsman, son un primer intento en esa dirección. Pero cree que lo importante sería hacer esa crítica «desde fuera del aparato del periódico» porque, escribe, «no queremos que la prensa nos eduque sobre la prensa, como no queremos que el Departamento de Estado nos eduque sobre política exterior» (8).

Tampoco piensa que esta función crítica pueda encomendarse a «consejos de prensa» nacionales o locales que «en los Estados Unidos se convertirían probablemente en una burocracia más», ni a los científicos sociales preocupados por estudiar los efectos de los medios en las audiencias. Para Carey la crítica válida es la «crítica cultural» definida como «un incesante proceso de intercambio y de debate entre la prensa y su audiencia y, en particular, aquellos entre la audiencia más cualificados por razones de motivación y capacidad para entrar en la arena crítica» (9). Carey cree —y se trata de algo aplicable muy en primer lugar a la información política— «que los periódicos informan de un mundo que crecientemente no conecta con la vida de su audiencia en el sentido más fundamental en que la audiencia experimenta la vida», un periodismo, dice, basado absurdamente en acontecimientos y personalidades y deja escapar los movimientos cruciales que determinan el futuro de la sociedad (10).

John M. Harrison, en el artículo que ya hemos citado, entiende que habría que revisar algunas de las reglas que regulan el perio-

(6) James M. Carey, «Journalism and Criticism: The case of an undeveloped profession», en *Review of Politics*. Vol. 36, n.º 32, abril 1974, pág. 227.

(7) *Ibidem*, pág. 235.

(8) *Ibidem*, págs. 238-239.

(9) *Ibidem*, págs. 242-244.

(10) *Ibidem*, págs. 248-249.

dismo. Refiriéndose a los famosos papeles del Pentágono escribe que «produce turbación que materiales obtenidos por prácticas que violaban a la vez los códigos legales y morales hayan sido distribuidos públicamente, defendiéndose el hecho por invocación de la Primera Enmienda. La publicación de este material —continúa— tuvo un efecto saludable. Pero, como periodista, sigo teniendo dudas acerca de si es defendible la manera en que ese material vio la luz». Y se pregunta «¿Por qué están situados los medios ante la ley en una categoría especial? Y más importante todavía, ¿por qué se consideran (los medios) exentos de los *standards* de moralidad que piden de los otros?».

Harrison hace suyas unas palabras aparecidas en *The New Republic* en las que se denunciaba «cómo la prensa ha llegado inadvertidamente a desplegar todos los poderes tiránicos que nuestro país ha temido irradicionalmente ver detentados por el Gobierno». El mismo autor acusa a la prensa norteamericana de «falta de autocontrol y discernimiento» y atribuye a este hecho «las dudas y un malestar que caracterizan las actitudes de tantos americanos hacia los medios». Reconoce que «la línea entre lo justo y el abuso no es siempre fácil de trazar pero eso no los excusa —continúa— de la obligación de adherirse a *standards* de decencia y humanidad en las relaciones con otros seres humanos».

Como vemos, esta problemática no es exclusiva de ningún país. Se trata de hechos que, con matizaciones, se dan en todas las sociedades democráticas. Debe quedar bien claro que estas sombras de la libertad de expresión no empañan su carácter insoslayable. La Prensa tiene ante sí el reto de someterse a la crítica continua de la sociedad y de sí misma para llevar a cabo, cada vez con más perfección, la función que le corresponde en defensa de las libertades y del sistema democrático de gobierno.

**UN RETO  
CONSTANTE**